

Mientras escribo en la soledad de mi cuarto, cae la tarde sobre los tejados de la ciudad. Me gusta contemplarla en estas horas, cuando la oscuridad comienza a inundarlo todo, ocultando las formas y los colores, hasta que solo son visibles los contornos de las cosas. Entre tantas sombras, únicamente destacan las calles, semejantes a ríos de luz tenue, y los rectángulos iluminados de las ventanas, que se irán apagando a medida que la noche avance, como también acabará por apagarse la mía.

Pero lo que de verdad me atrae es mirar a lo lejos, más allá de los edificios y de las altas grúas del puerto, y detenerme en el distante mar de aguas oscuras que se prolonga hasta juntarse con la negrura azulada del cielo. Un mar que me trae a la memoria el que veía todas las noches desde el balcón de la casa de Viveiro, aunque allí estaba mucho más cerca y su rumor rítmico e inacabable me acompañaba a todas horas.

Viveiro y los días de agosto son ya solo un recuerdo. Y ahora, conforme el tiempo me aleja de ellos sin remedio, veo con claridad que allí quedó abandonada la adolescente alocada e infantil que yo era, aunque entonces no fuese consciente de eso y me considerase una chica mayor. Y no lo digo por la intimidad que llegué a tener con Daniel, que también fue importante, con el descubrimiento de tantas sensaciones que nunca había experimentado hasta aquel momento, sino por el terremoto que me cambió la vida e hizo que mi apasionada relación con él, como tantas cosas que yo creía esenciales, quedase arrumbada en uno de esos rincones olvidados de la memoria.

Sé bien que si este cuaderno fuese el típico diario adolescente, como los que tantas veces he leído en novelas juveniles, yo ahora tendría que contar aquí las horas intensas que viví con Daniel. Hasta este verano, mis experiencias amorosas se limitaban a los inocentes besos con Fran y a los abrazos fugaces que nos dábamos al anochecer cuando nos escapábamos al paseo marítimo. Con Daniel todo ocurrió de otra manera, ya desde la primera tarde en que nos conocimos. Una relación directa y sincera, quizá porque los dos sabíamos de antemano que el mes de agosto sería brillante y efímero como las estrellas fugaces, y que debíamos aprovechar el tiempo que el azar nos ofrecía de forma gratuita.

Debió de ser esa sensación de fugacidad la que nos llevó aquella noche a la playa de Covas, mientras que los de la pandilla pensaban que andábamos perdidos entre tanta gente como había en el baile de la fiesta. De aquellas horas recuerdo especialmente el ruido de las olas, yendo y viniendo incansables, como iban y venían las manos de Daniel explorando mi cuerpo, y las mías el suyo, al tiempo que nos besábamos con una pasión que yo hasta aquel momento nunca había experimentado. Entonces, cuando los dos abandonamos felices la playa, de vuelta a la fiesta que ocupaba las calles del pueblo, yo no podía saber que me esperaban otros acontecimientos que me sacudirían de arriba abajo y que me obligarían a madurar de golpe, haciendo aflorar en mi interior energías secretas que ni tan siquiera había imaginado.

¡Qué extraña es la vida! Me miro ahora en el espejo y contemplo en él la misma Sara de hace dos meses, cuando acababa de cumplir dieciséis años. Aparentemente, nada cambió en mí; pero por dentro noto que soy otra y que veo de forma muy distinta la realidad. Ya había oído decir que hay hechos que te cambian la vida, experiencias que marcan una frontera dentro de ti, un antes y un después que en nada se parecen. Siempre pensé que esas cosas no pasaban de ser frases más propias de las novelas o películas, algo que nunca tendría nada que ver conmigo. Hasta ese verano, que fue cuando ocurrieron los sucesos que quiero contar aquí.